

# A 30 AÑOS DE SU ASESINATO EN BOLIVIA LA PRESENCIA VIVA DEL CHÉ GUEVARA EN GUATEMALA

Julio Castellanos Cambranes

Guatemala vivió en 1962 un momento histórico conflictivo. La contrarrevolución de 1954 que eliminó las reformas democrático-burguesas, especialmente la reforma agraria, emprendidas por los gobiernos progresistas de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, sólo produjo frustración, miseria y hambre en el país. A los ocho años del entronamiento del títere de la Agencia Central de Inteligencia de los EE.UU. (CIA) que reemplazó al presidente Arbenz y de represión absoluta en todos los órdenes de la vida política, social y cultural, Guatemala era un país sangrante que mostraba todos los efectos de la intervención norteamericana. Miles de familias guatemaltecas fueron destruidas por la muerte, la prisión o el exilio. Se llegó a acuñar la frase de que Guatemala era el país del entierro, encierro y destierro. Las miles de caballerías de tierras expropiadas a la United Fruit Company y a los grandes terratenientes, y entregadas entre 1952 y 1954 a más de 100,000 familias campesinas que se dedicaron a trabajarlas con energía, les fueron devueltas a los latifundistas, apoderándose el desconsuelo y el hambre de las grandes masas de la población rural. Al mismo tiempo, los barones del café que habían recuperado sus fincas, los militares traidores, los políticos corruptos y los comerciantes importadores contrabandistas, se adueñaban nuevamente del Gobierno y rehacían la infraestructura de poder que desde el siglo XIX les había permitido manipular a su antojo al Estado cafetalero, explotar impunemente a las masas trabajadoras y enriquecerse a su costa.

Al amparo de la permisividad que daban el asesinato, la persecución de la oposición democrática y el terror sembrado entre amplias capas de la población, comenzaron a labrarse nuevas fortunas en el sector agroexportador y dentro de las pujantes burguesías comercial y burocrática. Como en los días más negros de las dictaduras autócratas que habían imperado en la historia nacional, a la caída de Arbenz desapareció la libertad de expresión

---

Julio Castellanos Cambranes es historiador guatemalteco y obtuvo su licenciatura y doctorado en historia en la Karl-Marx-Universität-Leipzig de la República Democrática Alemana de entonces.

que fue una de las características de su Gobierno. La Iglesia católica, fiel servidora de los intereses de la oligarquía, restableció normas de conducta ultra conservadoras, que debían ser observadas por todos los ciudadanos y que penetraban hasta la mayor intimidad familiar. Mientras la sociedad se dividía de nuevo entre un pequeño sector poderoso de ricachones que lo poseían todo y una inmensa mayoría de pobres que sólo poseían sus brazos para trabajar, comenzaron a escasear los alimentos básicos, las viviendas para los campesinos, las escuelas y los hospitales.

El sentimiento de derrota e impotencia predominaba en el país, cuando el gobierno entreguista del presidente Miguel Ydígoras permitió en 1960 que el territorio nacional fuera utilizado por la CIA norteamericana para entrenar a miles de mercenarios cubanos que en 1961 invadieron a Cuba y fueron derrotados en Playa Girón por las fuerzas patriotas revolucionarias cubanas. El 13 de noviembre de 1960, un sector del Ejército guatemalteco se levantó en armas en contra del gobierno ydigorista y, pese a que casi todos los alzados muy pronto se acobardaron y se rindieron, un pequeño grupo de jóvenes oficiales y suboficiales patriotas decidió continuar la lucha por otros medios, entre los cuales se incluía la guerra de guerrillas como la realizada en Cuba por Fidel Castro y sus hombres en contra del tirano Fulgencio Batista.

Durante los meses de marzo y abril de 1962, poco después del primer intento de dar inicio a la lucha armada revolucionaria en el medio rural, estalló en la Ciudad de Guatemala un movimiento de movilización y lucha callejera estudiantil, conocido históricamente como *Jornadas de marzo y abril*. Este movimiento tenía la finalidad de obligar al presidente Ydígoras a dejar el poder y marcharse del país. Tan cansado estaba ya el pueblo de los abusos de poder de la corrupta camarilla gobernante, que el movimiento estudiantil se convirtió rápidamente en movimiento cívico de masas urbanas exasperadas por la dictadura gubernamental y el hambre. La represión popular por parte del Ejército y la Policía no se hizo esperar, a lo cual respondió el pueblo levantando barricadas y luchando con piedras. Después de casi dos meses de batallas callejeras contra las fuerzas de choque ydigorista, la falta de un proyecto político atractivo que aglutinara a las masas descontentas y que sirviera de instrumento para sustituir al régimen que sería depuesto, así como el firme apoyo que el Gobierno tuvo de la oligarquía y los militares, frustró el movimiento cívico-estudiantil. El resultado fue la muerte de un número indeterminado de estudiantes universitarios y de nivel medio y de personas pertenecientes a los estratos populares que valientemente le habían hecho frente al Ejército y la Policía. Sin embargo, del movimiento antigubernamental surgieron nuevos como valiosos elementos revolucionarios —lo que podría llamarse la nueva generación de revolucionarios guatemaltecos—, que a corto plazo se vincularían a los militares insurrectos y empuñarían las armas bajo su dirección. Gracias a su mayor conciencia de clase y claridad

ideológica, estos jóvenes le darían al movimiento insurreccional en gestación una orientación revolucionaria, convirtiéndolo en el movimiento guerrillero de masas urbanas y campesinas más importante de la historia de Guatemala. A diferencia de lo que suele afirmarse por renegados y plumíferos al servicio de la burguesía y del imperialismo, el movimiento guerrillero guatemalteco iniciado en 1963 surgió de las entrañas del pueblo, al cual pertenecían la mayoría de sus miembros combatientes y colaboradores. Fue provocado por las condiciones revolucionarias objetivas y subjetivas existentes en Guatemala y por el ejemplo de la Revolución cubana.

A fines de 1962, un pequeño grupo de representantes de las organizaciones estudiantiles, sindicales, populares y políticas que se destacaron por su combatividad durante las *Jornadas de marzo y abril*, fuimos invitados por el gobierno de Cuba a asistir como delegados guatemaltecos a los festejos del IV aniversario de la Revolución cubana. Sin pensarlo dos veces, nos atrevimos a romper la prohibición de viajar a Cuba que el gobierno y digorista, siguiendo instrucciones de la CIA, le había impuesto a los ciudadanos guatemaltecos. A mediados de diciembre viajamos a La Habana, vía México. En la Ciudad de México los invitados oficiales vieron crecer su número, al agregarse a él un fuerte grupo de guatemaltecos —hombres y mujeres— que, aprovechando la debilidad de carácter del responsable de los delegados (un poeta con el gatuno nombre de *Félix*), se autoinvitaron a los festejos, forzando su inclusión en la lista de integrantes de la delegación. Para consternación de los funcionarios del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, que no lograban entender qué era lo que estaba pasando y de dónde salía tanta gente, en vez de los 12 invitados arribamos a La Habana como 30 personas. Algunos de estos individuos convirtieron lo que originalmente era una delegación de hombres y mujeres representantes de lo más combativo del pueblo de Guatemala, en un abigarrado grupo de pintorescos personajillos y revolucionarios de salón. Guardo en mis recuerdos un sinnúmero de anécdotas acerca de estos individuos, que un día no lejano espero referir.

Fue durante ese viaje y permanencia en Cuba que conocí al comandante Ernesto *Che* Guevara, el guerrillero heroico. La primera vez que lo vi era un día brillante de sol. Fue como una aparición anunciada y esperada. Era el 2 de enero de 1963 por la mañana y más de un millón de personas —todo el pueblo revolucionario de La Habana—, que con júbilo conmemoraba el magno acontecimiento del IV aniversario del triunfo de la Revolución, se había dado cita desde muy temprano en la Plaza de la Revolución y sus alrededores. Yo, al igual que los delegados y agregados guatemaltecos, me encontraba en la tribuna principal de los casi mil invitados de más de cien países, esperando que terminaran de llegar los altos funcionarios del gobierno revolucionario y diera inicio el ya tradicional desfile militar y de las organizaciones de masas. Un poco arriba de donde yo estaba sentado se

encontraba la tribuna de honor que ocuparían el máximo líder de la Revolución, comandante en jefe Fidel Castro, el presidente de la República, Dr. Oswaldo Dorticós, los ministros, los principales comandantes revolucionarios y demás altos funcionarios del Gobierno. Ya casi todos ellos se encontraban sentados en sus lugares y yo los contemplaba admirado, con el corazón lleno de gozo y orgullo de saberme tan cerca de los hombres que habían hecho realidad el primer territorio libre de América enfrente de las narices del imperialismo yanqui. Sólo faltaba la presencia del comandante en jefe, del comandante Raúl Castro y del ya legendario comandante Ernesto *Che* Guevara, para que diera inicio el desfile. Ante mí veía una impresionante masa de miles y miles de cubanos, hombres, mujeres y niños, cantando a todo pulmón estribillos y consignas revolucionarias. Gritos orquestados de "¡Fidel, seguro, a los yanquis dales duro!" y "¡Somos socialistas, p' adelante, p' adelante, y al que no le guste, que tome purgante!", se alternaban con otros más espontáneos y agresivos, pero siempre en coro, de "¡Gusanos asesinos, al paredón!", que indudablemente reflejaban la indignación y el odio popular hacia los contrarrevolucionarios que pretendían destruir la Revolución. Para mí, presenciar semejante concentración de masas y escuchar sus consignas revolucionarias era uno de los momentos más excitantes de mi viaje. Algo verdaderamente indescriptible por su grandiosidad. Ante mí tenía más pueblo revolucionario y más conciencia colectiva de cuanto cualquiera pudiese imaginar. Era cosa de pellizcarme para ver si estaba o no soñando y, si era verdad lo que estaba presenciando, de quitarme el sombrero ante el pueblo de Cuba. Había hecho su Revolución y la estaba disfrutando junto a sus líderes.

De repente, escuché un gran murmullo y vi que todos a mi alrededor comenzaron a agitar los brazos y a gritar la palabra que ya era universal: "¡*Che, Che, Che!*". Inmediatamente lo busqué con la mirada, me di la vuelta y casi me caigo al verlo a escasos pasos de donde yo me encontraba. Vestía su clásico uniforme verde olivo recién aplanchado y la boina negra con la estrella de oro de comandante ligeramente echada hacia atrás, como era su estilo. Reía lleno de regocijo, mientras unas atrevidas compañeras canadienses de edad madura le tiraban de las barbas y besaban en las manos y mejillas y lo abrazaban con gran afecto y cariño, repitiendo "¡*Oui Che!*, ¡*Oui Che!*". El se paseaba divertido en la tribuna de invitados extranjeros y nos saludaba sonriente con las manos y hasta abrazaba a algunos de los que se arremolinaban a su alrededor. Tenía un gesto de afecto para todos nosotros, ya que se sabía entre camaradas y amigos de la Revolución cubana. Sin pensarlo mucho, con la impetuosidad y atrevimiento que se tienen a los diecinueve años, me le dejé ir, atropellando a unos australianos y franceses que me separaban de él, y con los brazos abiertos me fui derecho a abrazarlo. Lo logré a medias, porque sus brazos no le daban a basto para abrazar a tantos que deseábamos hacerlo al mismo tiempo. Sin embargo, los pocos segundos

que pude tocarlo en ese precioso momento, me bastaron para darme por satisfecho. Regresé a mi lugar y todavía pude ver como continuó circulando varios minutos más entre visitantes de diversas nacionalidades. El rugido de un millón de voces cubanas que aclamaron el aparecimiento en la escena de su máximo líder, forzó al *Che* a ir a ocupar su asiento en la tribuna. Durante las cinco horas siguientes que duraron el desfile y el discurso de Fidel, el *Che* permaneció sentado tranquilo, fascinado como todos nosotros por el grandioso espectáculo de escuchar al comandante en jefe diciéndole a su pueblo lo que tenía que decirle y ver a las masas revolucionarias festejando su Revolución y escuchando con atención las palabras del máximo líder, a quien el *Che* siempre veneró. Al final del acto, Fidel, Raúl, el *Che* y los demás comandantes se confundieron con la multitud, desapareciendo de nuestra vista, pero dejándonos la impresión más grandiosa que habíamos tenido en nuestras vidas.



ERNESTO CHE GUEVARA, LA HABANA 1963

FOTOGRAFÍA DE RENÉ BURRI

La segunda vez que vi al comandante *Che* Guevara fue la noche del 5 de enero de 1963. Ya habían pasado los festejos del IV aniversario que nos habían dejado tan encantados. Los cubanos se preparaban para celebrar el 6 de enero, Día de Reyes, en que suelen hacerle regalos a los niños y amigos. Ese inolvidable 5 de enero, durante el almuerzo en el hotel Habana Riviera, donde nos hospedábamos todos los guatemaltecos, nos dijeron que esa noche seríamos recibidos en audiencia especial por un alto personaje del gobierno cubano. Para que la entrevista se desarrollara en secreto se había elegido una hora y lugar aún indeterminados. Por motivos de seguridad no nos revelaron la identidad del personaje sino hasta cuando ya nos encontrábamos sentados en el autobús que nos conduciría ante su presencia. La alegría y emoción que nos causó la noticia no nos permitió terminar de comer con tranquilidad. Así que desde el mediodía comenzamos todos a especular acerca de quién sería el alto funcionario que veríamos por la noche: ¿sería Fidel?, ¿su hermano Raúl?, ¿el prestigioso Carlos Rafael Rodríguez? o, como muchos nos imaginamos casi inmediatamente, ¿el *Che* en persona? Todos sabíamos que él había vivido en Guatemala y que sentía un afecto especial por nuestro país. Por consiguiente, lo más natural era que fuera él el enigmático personaje que nos había concedido una entrevista para charlar con nosotros. Lo único que nos hacía dudar de esta posibilidad, era que nos imaginábamos que el *Che* era uno de los hombres más ocupados del Gobierno y que, como ministro de Industrias, tenía más trabajo y mayores responsabilidades que como director del Banco Nacional de Cuba, el cargo que ocupó inmediatamente después del triunfo de la Revolución. Hasta entonces habíamos tenido la estancia más placentera posible en Cuba. El alto honor de ser recibidos por el *Che* y dialogar con él era algo que apenas podíamos imaginarnos. Simplemente no podíamos concebir que nuestra importancia como guatemaltecos fuera para él tan grande.

Habíamos llegado a La Habana después de Navidad y de haber celebrado el Año Nuevo más alegre de nuestras vidas, bailando una conga de cientos de metros de largo en las calles de la ciudad. El tamal de Año Nuevo lo habíamos comido en la casa del Vedado de nuestro presidente Jacobo Arbenz, junto a su familia y a antiguos personajes del derrocado gobierno revolucionario guatemalteco que se habían dado cita en su residencia. En resumen, desde nuestro arribo al primer territorio libre de América, cada día había muchas cosas nuevas que conocer y admirar, pero el estar cara a cara con uno de los grandes artífices de la Revolución cubana, como el comandante *Che* Guevara, era lo que nos faltaba para hacer nuestra dicha completa. Casi por intuición, yo estaba seguro de que se trataba de él, ya que su personalidad y popular sobrenombre casi habían llegado a ensombrecer al propio Raúl Castro, el segundo hombre en rango de importancia de la Revolución. Así que, previendo el encuentro, por la tarde fui a una librería y adquirí su libro

*La guerra de guerrillas*, que en esos días había visto en todas las vitrinas de las librerías habaneras. Deseaba conocer más el pensamiento revolucionario y los métodos de lucha armada empleados en Cuba por ese legendario guerrillero de origen argentino que había sido un incansable viajero y estudioso del continente americano y que, después de recorrer diversos países, se había establecido en Guatemala y había vivido de cerca su frustrada Revolución democrático-burguesa, incorporándose después en México como médico al Movimiento 26 de Julio liderado por Fidel Castro. Como es sabido, Fidel, en una especie de reto a lo *David contra Goliat*, se propuso la tarea de derrocar por medio de las armas en la mano al gobierno del dictador cubano Fulgencio Batista y necesitaba que su fuerza expedicionaria contara con un médico. El *Che* Guevara ocupó esa plaza, destacándose después como un gran estratega militar y uno de los comandantes revolucionarios más importantes.

Después del almuerzo, Félix, nuestro responsable, fue abordado por el numeroso grupo de agregados, algunos de quienes le exigieron indignados su derecho a formar parte de la delegación guatemalteca que vería al alto funcionario cubano. El responsable habló al respecto con Tony, nuestro guía cubano —indudablemente un hombre de la seguridad del Estado— y éste solicitó instrucciones de sus superiores. La generosa respuesta del misterioso alto funcionario que nos recibiría no se hizo esperar: a la audiencia nocturna podían asistir todos los guatemaltecos que lo desearan. El responsable hizo una nueva lista de asistentes, escribiendo el nombre, edad, profesión y lugar de procedencia de cada uno de nosotros. Yo di mis datos personales y, pese a vivir en la Ciudad de Guatemala, como lugar de procedencia puse "Ciudad Flores, Petén". Lejos estaba de imaginarme la importancia que el *Che* le daría a ese dato. A las nueve de la noche, en medio de una gran excitación, abordamos todos el autobús enfrente del hotel. Ya una vez dentro, Félix, con aire de conspirador, nos dijo en voz baja lo que ya todos sabíamos de antemano: que el comandante *Che* Guevara nos recibiría esa noche. El grupo había aumentado de tal manera, que entre nosotros se encontraban agregados adicionales a los ya existentes, entre quienes recuerdo a un arquitecto gordo de Mérida, Yucatán, invitado a acompañarnos a saber por quién, y a algunas otras personas más.

A las nueve y media de la noche, después de recorrer las aún bulliciosas calles de la Habana, nuestro autobús se estacionó, en medio de la oscuridad más absoluta, enfrente del edificio del Ministerio de Industrias, en la Plaza de la Revolución que dominaba el monumento a José Martí, el apóstol de la Independencia cubana que también vivió en Guatemala. Todos estábamos conscientes de que coordinar la visita de una delegación extranjera no era fácil, pues se debía llegar exactamente a la hora y en el orden programado de antemano. Mientras esperábamos en el interior del autobús la autorización

para abandonarlo e ingresar al edificio, el responsable del grupo y el guía cubano nos daban instrucciones de como debíamos comportarnos frente al comandante, quienes debíamos hablar en nombre de tal o cual organización de masas y quienes harían el papel de invitados de piedra, mantener la boca cerrada y sólo hablar si el comandante nos hacía alguna pregunta directa. En la semi oscuridad apretaba mi libro del *Che*, mientras pensaba que ante la situación que se avecinaba, quizá era mejor que me olvidase de estar pidiendo dedicatorias y autógrafos.

Poco antes de la diez de la noche el guía cubano nos anunció que ya podíamos bajar del autobús e ingresar al edificio. Lo hicimos silenciosamente, con el corazón en el puño de la emoción. El edificio estaba casi a oscuras, desierto. Sólo se veían unos pocos guardias armados que nos observaban con atención y simpatía, mientras unos milicianos nos sometían a algo más que un rutinario control de seguridad. Después, felices y contentos de haber pasado el control, ascendimos varias plantas y nos hicieron entrar a una sala amplia, en donde, casi al fondo, había una mesa larga con asientos para unas treinta personas o más. Yo fui de los primeros en entrar a la sala. Vi una puerta a mi derecha, al extremo opuesto de donde se encontraban la mesa larga y los asientos e inmediatamente tuve el presentimiento que ese era el verdadero despacho del *Che*, que él se encontraba adentro y que saldría después de que nosotros nos hubiésemos sentado. Instintivamente adiviné que se sentaría en la cabecera izquierda de la mesa, por lo que me encaminé a ella casi corriendo, mientras los demás compañeros se abalanzaban sobre las sillas más cercanas, dejando desocupada la cabecera derecha. Una de las compañeras me señaló con la mano una silla junto a la suya, echándome una mirada de reproche que en buen chapín podía traducirse: "ydiaí Ud.!, ¿por qué se fue tan lejos? ¡Tan baboso...! ¡Se hubiera sentado aquí!". Yo me sonreí y no le respondí. Estaba feliz de haberme sentado donde estaba, a la diestra de la cabecera, mientras el gordo yucateco lo hacía a la siniestra, quedando enfrente de mí. Ambos creo que teníamos los mismos pensamientos y calladamente esperamos a ver qué sucedía. Los demás compañeros también quedaron muy pronto absortos en sus pensamientos más íntimos, mientras que *Félix* nos preparaba para el encuentro, dándonos las últimas instrucciones acerca de quién hablaría después de él, quien diría ésto y quien diría lo otro. La compañera de más edad, la antigua dirigente campesina Rosario Boches, una mujer indígena de casi setenta años, tenía la misión de entregarle al *Che* un regalo en nombre de toda la delegación. Era un bulto grande, cuyo contenido yo ignoraba, pero que me tenía completamente sin cuidado. Pasaron los minutos y el *Che* no aparecía por ninguna parte. La espera se nos hacía eterna y cada quien procuraba disimular su impaciencia de la mejor manera, sirviéndose de los refrescos que estaban sobre la mesa, hablando en voz baja, haciendo



bromas chapinas alusivas a nuestra espera, mirándonos las caras y suspirando profundamente.

De repente se abrió la puerta del fondo y apareció la figura del *Che* Guevara en persona. No tenía puesta la boina negra y sonreía como si se encontrara con viejos amigos. Con paso firme de botas negras bien lustradas y amarradas y con la mayor naturalidad del mundo, de manera muy campechana, se encaminó hacia nosotros, que nos habíamos parado de inmediato al verlo entrar, comenzando a aplaudirle fuertemente. Venía vestido con su uniforme verde olivo de fatiga y su puro en la boca, tal y como lo había visto la primera vez en la tribuna el 2 de enero. A pocos pasos de él venía su jefe de seguridad, el comandante Piñeiro —más conocido como *Barba Roja*— y varios hombres de su escolta personal. Todos estaban uniformados y portaban pistola al cinto. El comandante *Barba Roja*, a diferencia del *Che*, se veía muy serio, con cara de pocos amigos. Era un hombre impresionante con apariencia de temible pirata de los siete mares, muy robusto y panzudo, alto, de pelo y barba rojizas y ojos verde esmeralda que brillaban con mucha lucidez. Mientras el *Che* se dedicaba a saludar con un fuerte apretón de manos a cada uno de nosotros, el comandante Piñeiro fue a sentarse discretamente en una silla que se encontraba solitaria junto a una de las paredes, desde donde no nos quitó la acerada vista ni un segundo durante las seis horas que aproximadamente duró la entrevista. Los hombres de la escolta del *Che*, unos fornidos milicianos mulatos, también se sentaron cerca, manteniendo igualmente bien abiertos los ojos, prestos a evitar cualquier tipo de incidente que pudiera afectar la seguridad del *Che*. Pronto nos olvidaríamos de ellos.

El *Che*, que al lado de los guatemaltecos —generalmente de estatura baja— daba la impresión de ser un hombre alto y corpulento, comenzó a saludar afectuosamente a los compañeros y compañeras que se encontraban en el extremo opuesto a donde yo me encontraba, avanzando poco a poco hacia el extremo de la mesa, por lo que fui el último a quien dio un fuerte apretón de mano. Inmediatamente después, en vez de girar sobre sus pasos, se sentó en la silla de la cabecera de la mesa, exactamente en el lugar donde el gordo yucateco y yo lo estábamos esperando. Con gran satisfacción vi de reojo las caras de envidia de mis compañeros y comencé a observar con detenimiento y curiosidad las facciones de la cara, lo que decía, cómo lo decía y los gestos que hacía mientras hablaba uno de los hombres más admirado y lleno de gloria del universo. Advertí su piel blanca pálida, que tenía la frente ancha, la nariz recta, los ojos verdes y el pelo castaño, casi rubio oscuro. Lo primero que hizo después de sentarse fue bajar los ojos y leer con el ceño fruncido la lista de nuestros nombres y datos personales que traía en la mano izquierda, mientras todos guardábamos un respetuoso silencio y lo mirábamos con fijeza y atención, esperando su siguiente movimiento y que rompiera la conversación. Al poco tiempo levantó la

cabeza y con una amplia sonrisa hizo un comentario que fue celebrado por todos con grandes risas: "Esta parece ser la delegación de los poetas!". Y tenía razón, muchos de los delegados y agregados habían puesto "poeta" como profesión. Inmediatamente después, nuevamente serio, comenzó a leer en voz alta el nombre completo de cada uno de nosotros, levantando después la vista para ver de quién se trataba. Le contestábamos alzando la mano derecha, a la vez que le asentíamos con la cabeza. En ocasiones, dialogaba brevemente con la persona nombrada, haciendo diversas preguntas relativas a su condición profesional, lugar de trabajo y situación salarial en la sociedad guatemalteca. Su voz sonaba viril y sus palabras eran convincentes, sin embargo escuchaba en silencio a su interlocutor y aprendía. A veces, después de pronunciar el nombre de algún compañero presente, le preguntaba si era familiar de alguna persona con el mismo apellido, que evidentemente parecía conocer. Cuando alguien decía "es mi hermano", "es mi tío" o decía tener algún grado de parentesco con la persona mencionada, el *Che* le preguntaba si estaba en Guatemala, se interesaba por su estado de salud y deseaba saber a qué se dedicaba "ahora", cómo estaba su esposa, etc., dejándonos a todos impresionados por la gran cantidad de guatemaltecos que parecía conocer y tener frescos en la memoria.

Así estuvo alternando su conversación con varios compañeros a la vez que fumaba su puro sin cesar. Yo sabía que era asmático y me sorprendió ver la cantidad de puros que fumó esa noche y madrugada. Cuando un puro se consumía, lo apagaba en un cenicero que había sobre la mesa y poco después sacaba otro y le quitaba el anillo de marca antes de encenderlo. No bien había depositado el anillo de marca sobre la mesa, cuando el gordo yucateco lo agarraba y, con el pretexto de que los coleccionaba, se lo metía a la bolsa izquierda de su camisa guayabera. La ocurrencia del mexicano, que pronto encontró un imitador entre los delegados guatemaltecos, hizo que el *Che* y los que estábamos cerca de él riéramos más de una vez. Creo que todos adivinábamos que el gordo iría después a presumir en su tierra, diciendo "este anillo de marca era del puro del *Che*", y desde ese momento disfrutábamos imaginando la escena.

Cuando llegó mi turno y el *Che* pronunció mi nombre, dejó caer un adicional "compañero petenero", que inmediatamente provocó algunas risitas burlescas de varios agregados que muy pronto tuvieron que tragárselas, al contar el *Che* que durante su estancia en Guatemala había estado a punto de residir y trabajar en la selva del Petén, donde sabía que se encontraban los más grandes vestigios de la gran civilización maya. Relató a continuación la gran impresión que le había producido conocer las ruinas mayas de Quiriguá, que inmediatamente relacionó con la civilización maya que floreció en el Petén, el extenso territorio del norte de Guatemala que ya entonces comenzaba a convertirse en una inmensa zona de depredación cultural por parte de saqueadores de tesoros y objetos de arte prehispánicos destinados a

enriquecer las existencias de objetos de arte de museos norteamericanos y europeos y de vanidosos coleccionistas privados guatemaltecos y extranjeros.

Entre el espléndido relato de su intensa vida en Guatemala, *el Che* nos contó que durante su estancia en nuestro país había trabajado, entre otras cosas, descargando y cargando barcos en el muelle de Puerto Barrios. Nos refirió que su estancia en este puerto del Atlántico guatemalteco la aprovechó para conocer Livingston, el río Dulce y el lago de Izabal. Su plan consistía en remontar el río Polochic y llegar al Petén a pie atravesando la Alta Verapaz, pero su falta de recursos económicos sólo le llevó hasta Quiriguá, situado en el departamento de Izabal. Su estancia en Guatemala y su viaje a este importante sitio arqueológico del nororiente guatemalteco le hizo interesarse más por la antigua civilización maya, la cual demostró conocer al dedillo, hablándonos de lo fascinante que había sido para él leer sobre el gran desarrollo que habían tenido entre los mayas la medicina, la astronomía, la arquitectura, las matemáticas y la agricultura. Dejándonos a todos boquiabiertos, nos explicó la importancia que había tenido para los mayas la madre tierra, el cultivo del maíz y la agricultura intensiva. Mientras *el Che* disertaba sobre la grandeza de los mayas en el Petén y Yucatán, yo, henchido de emoción y orgullo, miraba burlonamente a los agregados que poco antes se habían reído de mí al ser llamado *petenero* por *el Che*. Estaba convencido de que, al igual que la inmensa mayoría de los guatemaltecos de entonces, ninguno de ellos había puesto jamás sus pies en el sagrado suelo de mis antepasados y que sus burlas eran fruto de su ignorancia y desconocimiento de la civilización maya prehispánica.

El *Che* Guevara llegó a Guatemala en diciembre de 1953 y permaneció en nuestro país hasta septiembre de 1954. Según nos relató, Guatemala fue para él la gran escuela donde se forjó como revolucionario. Llegó proveniente de su nativa Argentina, de donde había salido en dirección al norte de América como un inquieto aventurero en busca de sí mismo. Después de recorrer como un atrevido joven viajero miles de kilómetros por ferrocarril, carretera, barco y caminos casi intransitables de Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá, Costa Rica, Nicaragua y Honduras, arribó a Guatemala, centro de convergencia de muchos latinoamericanos progresistas, para sentir en carne propia las emociones fuertes que causaba ser testigo de una efervescente revolución democrático-burguesa. Pese a su juventud, *el Che* era un gran analista político y un gran observador del acontecer nacional de los países latinoamericanos que visitaba. Pertenecía a una generación de hombres con ideas sólidas, que buscaba romper las estrecheces de miras y el conformismo de sus padres, combinando la renuncia al bienestar económico personal con la difícil tarea de encontrar una solución a las desgracias y miserias del continente americano. Era el vivo ejemplo de un hombre joven honesto con una ética y moral sometidas a una dura prueba que marcaría su vida. Las espectaculares medidas adoptadas por el gobierno revolucionario guate-

malteco, entre las cuales la más importante era la Ley de Reforma Agraria o Decreto 900, emitido en 1952, estaban lesionando seriamente los intereses de las hasta entonces todopoderosas United Fruit Company y oligarquía terrateniente y merecieron los aplausos más calurosos del joven argentino. Sin conocer a cabalidad el diseño político global del gobierno arbencista ni la constelación de fuerzas que en el seno de la izquierda y derecha pugnaban por la hegemonía del poder, su deseo de ser útil a la Revolución guatemalteca le llevó a involucrarse directamente en el proceso de cambios que se gestaban en el país. De simple testigo no comprometido con la causa de los pobres de Guatemala, pasó a integrar las filas de los guatemaltecos dignos empeñados en dismantelar el poder de la burguesía agraria y el Estado cafetalero. Si inicialmente procuraba sobrevivir al intento de residir en Guatemala con medios financieros casi inexistentes, haciendo diversos trabajos humildes de ocasión, conforme se fue involucrando en el acontecer nacional se ofreció a trabajar como médico en varios centros sanitarios para obreros y campesinos. En tal afán llegó a prestar servicios como enfermero en el Hospital General de la ciudad capital, como paso previo a trabajar como médico, pero las regulaciones del elitista Colegio Médico le impidieron ejercer la medicina como profesional. Se le llegó a exigir hacer equivalencias de su título de médico de Argentina, cursando un año de estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Cuando llegó el momento en que la invasión de mercenarios financiados por la CIA amenazó al gobierno revolucionario, fue cuando su vida dio un salto cualitativo, al no vacilar en ofrecerse como voluntario para defender los logros de la revolución y la nueva sociedad que los revolucionarios guatemaltecos pensaban construir. El *Che*, abrazando la causa arbencista como propia, se había convertido desde entonces en revolucionario. Fue una lástima grande que el hombre en quien confió, Jacobo Arbenz, no haya sido capaz de saltar sobre su sombra de militar y no haya tenido el valor de ponerse a la cabeza de su pueblo y enfrentarse con las armas en la mano al enemigo de la Revolución. Este trago muy amargo tuvo que tomarlo el *Che* en Guatemala, pero le sirvió para sacar sus propias conclusiones acerca de lo que debía hacer en el futuro si se le presentaba nuevamente la ocasión.

Recuerdo muy bien que el *Che* nos relató la gran impresión que le causó la fuerte oposición derechista que los diarios guatemaltecos le hacían al gobierno de Arbenz y lo mucho que le alarmaba ver la falta de espacios dedicados al debate sobre el futuro del país. El Ejército tampoco le inspiraba confianza, ya que tradicionalmente había sido el sostén de las dictaduras más negras y el brazo armado de los grandes terratenientes y lo veía como una institución formada por una gavilla de pícaros oportunistas y traidores de la peor especie. Por esto, muy pronto llegó a la conclusión de que si en Guatemala predominaban el oportunismo de una izquierda dividida y el entreguismo político de la derecha tradicional por encima de los intereses

nacionales, muy pronto la revolución quedaría reducida a cenizas. El gobierno revolucionario sabía que los EE.UU. estaban preparando la contrarrevolución armada en Honduras y Nicaragua y se encontraba en una inmejorable situación de armar al pueblo. Ningún partido del frente popular se hubiera opuesto abiertamente, ya que todas las bases estaban enfurecidas por las maniobras de la reacción de impedir judicialmente la puesta en marcha de la reforma agraria. No se hizo y cuando llegó la catástrofe de la invasión, tal como el *Che* lo había temido, el alto mando del Ejército conspiró para traicionar al presidente Arbenz, pasándose a las fuerzas enemigas que coordinaba el embajador norteamericano en persona. El presidente Jacobo Arbenz le merecía al principio mucho respeto. Después, el *Che* lamentó que en el momento de la verdad hubiera optado por asilarse en la embajada de México y salir del país. Esto no obstante, tal era su capacidad de comprensión de la realidad guatemalteca y su aprecio por el presidente Arbenz, que al triunfo de la Revolución cubana el *Che* lo invitó a trasladarse a Cuba, dándole un lugar de honor entre los miembros de la colonia de exiliados latinoamericanos residentes en La Habana.

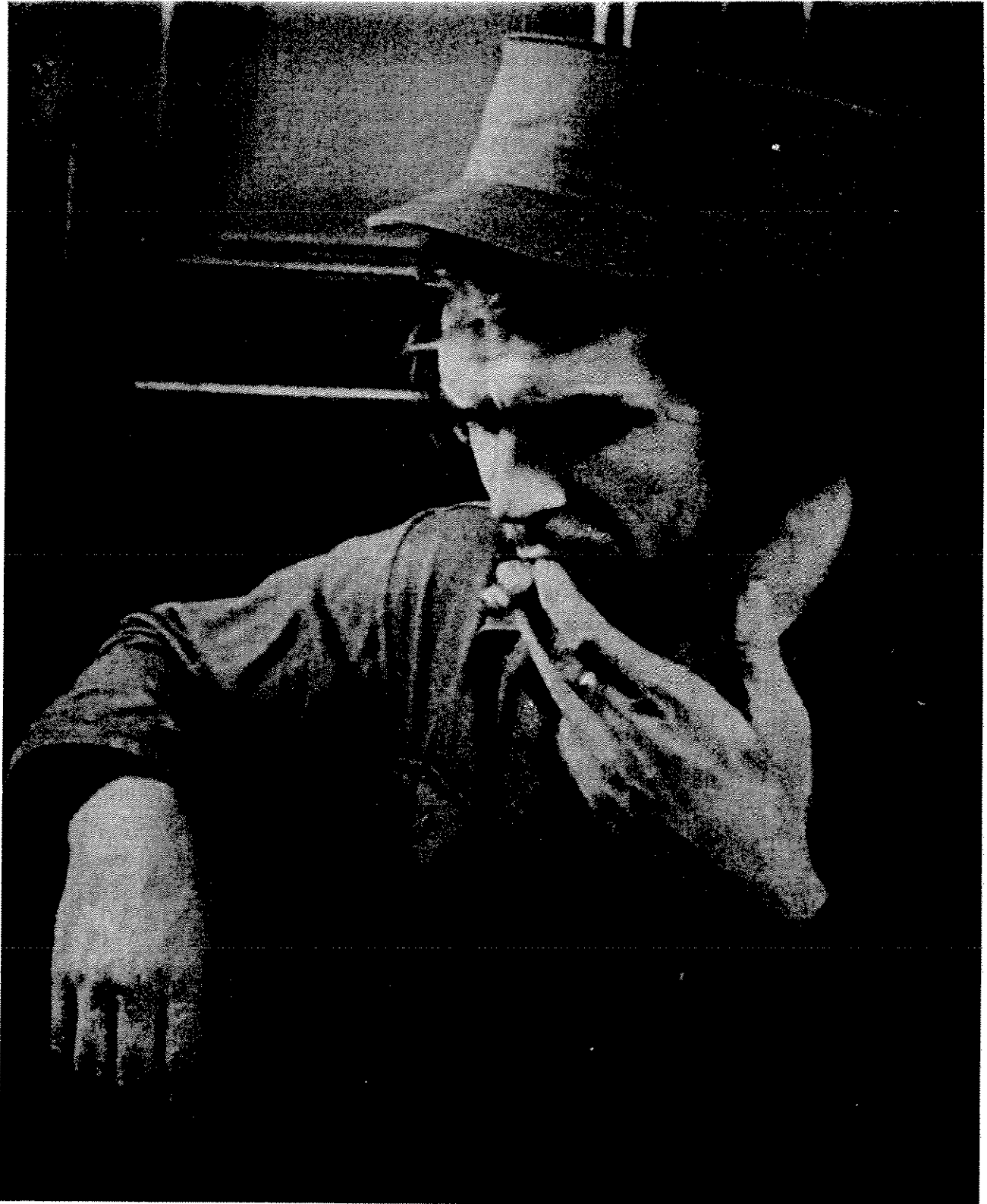
El *Che* nos contó la gran decepción que había tenido en Guatemala, al ver que los políticos que se llamaban revolucionarios no perdieron tiempo para asilarse en masa en las embajadas extranjeras, especialmente en la mexicana, dejando al pueblo prácticamente a merced de las criminales bandas armadas de contrarrevolucionarios. Con individuos de tal especie los revolucionarios no podían actuar conjuntamente en la defensa de ninguna causa. También le desagradó sobremanera presenciar cómo miles de capitalinos vitorearon el ingreso triunfal a la capital del presidente fantoche impuesto por los EE.UU. y sus acompañantes, entre quienes estaban el embajador yanqui en persona, el arzobispo de Guatemala y políticos y militares traidores. Entre algunas de las vicisitudes por las que tuvo que pasar a la caída del gobierno revolucionario, nos refirió el *Che* una que le había herido profundamente. La dueña de la pensión situada cerca del parque Colón donde vivió muchos meses, después de tratarlo con bien simulado afecto y hacerle objeto de muchas atenciones durante el período revolucionario, a la caída de Arbenz se convirtió en una energúmena. Lo insultó con gruesas palabras y le arrojó sus pocas pertenencias a la calle, amenazándolo con denunciarle como comunista a la Policía si no desaparecía inmediatamente de su vista y si lo volvía a ver. El *Che* nos dijo que estaba dispuesto a no pasar nunca más en su vida por las humillaciones y frustración que vivió en Guatemala a la caída de Arbenz, y que en caso que los norteamericanos invadieran Cuba, antes estaba dispuesto a morir luchando junto con el pueblo cubano por la Revolución, que volver a sufrir la humillación del enemigo.

También nos contó que la lección más grande que había aprendido en Guatemala —y que los revolucionarios cubanos habían sabido aplicar en Cuba inmediatamente después del triunfo de la Revolución, sabiendo asimilar

muy bien el pasado ejemplo guatemalteco— consistía en que si ésta deseaba protegerse y conservarse, era imprescindible disolver el Ejército de los poderosos, ajusticiar a los asesinos y esbirros que se encontraran en sus filas y crear unas nuevas fuerzas armadas formadas por jóvenes revolucionarios. Unido a esto era necesario armar al pueblo para que defendiera la Revolución con su sangre si era necesario. Nos dijo que el gran error cometido en Guatemala había sido preservar el Ejército de traidores a la Revolución —formados antes de, y durante la tiranía del dictador Jorge Ubico— y no distribuir armas entre aquellos del pueblo que estaban dispuestos a luchar por la preservación de los logros de la revolución democrática, especialmente entre los campesinos que habían sido beneficiados por la reforma agraria.

Al referirse a la reforma agraria guatemalteca y a los diversos problemas que surgieron en Guatemala durante el proceso de su realización, el *Che* me miraba fijamente, sabiendo que yo era estudiante de agronomía y que regresaría al poco tiempo a mi país. La vehemencia con que se dirigía a nosotros al hablar sobre este tema —y en particular a mí, que estaba sentado a su lado—, me hizo comprender que trataba de enviar un mensaje a los revolucionarios guatemaltecos: la reforma agraria es la tarea básica que debe realizarse en Guatemala. Sin reforma agraria no podrá nunca destruirse el poder económico, político y social de la oligarquía terrateniente que detenta el poder estatal a través de dictaduras militares y presidentes civiles marionetas. La reforma agraria es la única llave que existe para abrir la puerta de la democracia en Guatemala. Sin reforma agraria nunca habrá democracia en el país, ya que las masas campesinas sin tierra continuarán siendo condenadas a sobrevivir en la mayor miseria, vendiendo barata su mano de obra en las fincas cafetaleras. Por consiguiente, la reforma agraria, al redistribuir la tierra entre los campesinos pobres, permitiría que estos pudieran dedicarse por entero a trabajar para sí mismos y sus familias y al no tener que trabajar para los finqueros ello contribuiría grandemente a la eliminación de la cruel explotación a que estaban siendo sometidos durante generaciones.

De esa manera abordamos el tema de la insurrección armada revolucionaria en Cuba y al importante papel que tuvo en ella y en el triunfo de la Revolución la Ley de Reforma Agraria, decretada por los guerrilleros cubanos en la Sierra Maestra poco después de iniciada su lucha. Nos contó el *Che* lo difícil que fue el inicio de la insurrección en la montaña, los duros golpes sufridos por el puñado de guerrilleros que logró sobrevivir al ataque y acoso inicial de las fuerzas armadas batistianas. Nos refirió lo duro que era para la moral de los combatientes cuando un guerrillero, en quien se había depositado la confianza, se acobardaba ante los ataques del enemigo y, pretextando cualquier motivo, decidía claudicar la lucha, abandonar a sus compañeros a su suerte y bajar de la montaña. Nos dijo que este problema de desertión de gente de poca moral revolucionaria era normal en todos los movimientos guerrilleros. En la Sierra Maestra lo habían resuelto al decretar la Reforma



ERNESTO CHE GUEVARA, CUBA, ENERO DE 1959

FOTOGRAFÍA DE HÉCTOR GARCÍA

Agraria, ya que poco después tuvieron tal afluencia de campesinos a sus filas que, por falta de armamento y provisiones, se vieron en la necesidad de rechazar a muchos de ellos. Sin embargo, muchos guajiros más se les incorporaron después, cuando las condiciones de la lucha habían cambiado y lo requirieron sus necesidades logísticas y estratégicas.

El *Che* estaba consciente de que el movimiento revolucionario guatemalteco estaba pasando por momentos de autocritica, después de cometerse grandes errores de apreciación de la situación nacional. El mismo *Che* sufrió en carne propia el fracaso de la primera guerrilla en la Baja Verapaz, en febrero de 1962, donde, junto con valiosos jóvenes revolucionarios como Rodolfo Heller Plaja, Carlos Toledo, Guillermo Grajeda Cetina y otros más, perdió la vida su gran amigo Julio Roberto Cáceres Valle, más conocido como "el patojo Cáceres". Pero él sabía también que el movimiento insurreccional estaba reorganizándose y preparándose para pasar a una etapa superior de lucha, y que los reveses sufridos sólo eran eventualidades por las que tenían que atravesar todos los movimientos armados que, siguiendo el ejemplo de Cuba, se iniciaban en diversos países del continente americano. Todos estos movimientos tenían vida propia, eran producto de la lucha de clases y las contradicciones internas de cada país y, por más que él lo deseara, como ministro de Industrias no le quedaba otra alternativa que observar a distancia su surgimiento y proceso de desarrollo. Lo más que podía hacer, era recomendarle a los combatientes latinoamericanos que se acercaban a él en busca de orientación y consejo, que estudiaran la experiencia cubana, que meditaran con la mayor lucidez las consecuencias sociales, económicas y políticas que tendría para sus países forzar su democratización, que no cesaran nunca en su empeño por hacer la revolución, que no se olvidaran de la situación del campesinado y decretaran cuanto antes reformas agrarias que minaran en el medio rural el poder de la oligarquía terrateniente dominante. Lo demás vendría por sí solo. Los pueblos se encargarían de elegir a sus dirigentes más patriotas y dignos y de darles a sus enemigos su merecido, tal y como estaba sucediendo en Cuba.

Con gran satisfacción nos habló el *Che* de los logros obtenidos por la Revolución cubana en el campo de la reforma y producción agraria, el cooperativismo, la alfabetización rural, la educación popular, la salud y vivienda, el deporte y la cultura en general y la organización de masas en defensa de su revolución. Comparamos lo que estaba ocurriendo en Cuba con la situación en Guatemala. Nuestro país se encontraba estancado en su desarrollo, después de que los grandes terratenientes habían vuelto a hacerse con el poder político y que los EE.UU. habían reforzado su presencia, volviendo a convertirla en semicolonias del imperialismo. Las fuerzas represivas del Gobierno, el Ejército y la Policía perseguían, asesinaban, apresaban y torturaban a todo aquel que osaba oponerse al sistema de dominación imperante. La población campesina seguía siendo explotada por los finqueros,



ya que los principales productos de exportación del país continuaron siendo el café, el banano y el algodón y los beneficios obtenidos sólo servían para enriquecer cada vez más a los ricachones de siempre y a la United Fruit Company, que monopolizaba la producción y comercialización del banano. El Gobierno no destinaba dinero para campañas de alfabetización y educación pública, construcción de viviendas populares y hospitales. Todo lo contrario, los recursos nacionales, como el petróleo y las maderas preciosas del Petén, eran entregados a compañías norteamericanas y a empresarios cubanos batistianos en calidad de concesiones para su explotación, a cambio de jugosas tajadas para el hijo y yerno del presidente Ydígoras. Los grandes negocios de estos dos pícaros y de diversos amigos mafiosos del presidente Ydígoras llegaron a ser tan escandalosos, que el mismo Ejército que lo sustentaba le dio poco después un golpe de Estado. Verdaderamente, toda comparación entre la situación existente en la Cuba revolucionaria y la Guatemala de la corrupción y los crímenes en contra del pueblo era sencillamente ridícula y todos lo sabíamos. De ahí que las fuerzas revolucionarias guatemaltecas se encontraran empeñadas en cambiar el estado de cosas en nuestro país, recurriendo a la lucha armada como última opción.

Contestando diversas preguntas de los compañeros, el *Che* con voz grave nos habló extensamente sobre lo relativamente fácil que había sido para ellos derrocar al gobierno de Batista y tomar el poder, comparado con lo extremadamente difícil que era consolidar y llevar a cabo una revolución en un país que había sido la perla entre todas las semicolonias de los EE.UU. en América Latina. Y a continuación se refirió a la actividad criminal de la CIA y sus agentes en Cuba, y de cómo, desde los inicios de la Revolución, esa tenebrosa organización del imperialismo yanqui no había cesado de provocar dificultades a la economía cubana, de armar bandas de agentes contrarrevolucionarios en las montañas del Escambray para asesinar a numerosos jóvenes alfabetizadores, sembrar el terror y causar cuantiosos daños materiales en las cooperativas de producción. El gobierno norteamericano patrocinaba desembarcos de mercenarios cubanos para realizar sabotajes y crímenes de todo tipo, habiéndose atrevido, incluso, a llevar a cabo la derrotada invasión de tropas cubanas contrarrevolucionarias en abril de 1961.

El *Che* también condenó el bloqueo a Cuba impuesto por el gobierno de los EE.UU., a fin de debilitar materialmente la Revolución y doblegar la moral combativa del pueblo cubano; la actividad diplomática internacional de esa potencia en contra de la Isla de la Libertad; y su instrumentalización de los gobiernos cipayos latinoamericanos para establecer sanciones contra Cuba a través de la Organización de Estados Americanos. Nos contó cómo el Gobierno y el pueblo cubano hacían todo lo posible, luchando contra viento y marea, por sacar adelante su Revolución, combatiendo a los agentes norteamericanos y a sus enemigos contrarrevolucionarios dentro de su

territorio y, a nivel internacional, denunciando las actividades del imperialismo y el bloqueo norteamericano ante las Naciones Unidas, ante los países hermanos del bloque socialista y actuando en su comercio con los países capitalistas como si todas esas sanciones no existieran.

Como hacía pocos meses que se había producido una gran movilización en toda Cuba por la llamada "Crisis de Octubre de 1962", hablamos extensamente sobre ella. El *Che* nos contó cómo se había iniciado debido a la propaganda del Gobierno y los medios de difusión norteamericanos que se dedicaron a proclamar históricamente que los soviéticos y cubanos estaban preparando una sorpresiva guerra nuclear relámpago contra los EE.UU. y que para llevar a cabo tales designios estaban instalando misiles nucleares y desplegando cientos de miles de soldados rusos en toda Cuba. Nos enteramos por boca del *Che*, que lo que el gobierno de los EE.UU. quería, en realidad, era crear ante la opinión pública norteamericana e internacional, el clima propicio para una invasión a Cuba, la cual debía iniciarse con oleadas de bombardeos a objetivos militares y civiles, con el fin de sembrar el terror y forzar la capitulación del gobierno cubano. La histeria creada por el gobierno de John F. Kennedy tuvo al borde de la guerra nuclear al mundo ya que los norteamericanos, siguiendo su estrategia, amenazaron con atacar a Cuba si los soviéticos no permitían que sus buques que se dirigían a la isla antillana fueran abordados y revisados por la marina yanqui y que los misiles ya instalados fueran desmantelados y retirados del territorio cubano. Para sorpresa de los norteamericanos, los soviéticos aceptaron la revisión, pero a cambio de una promesa del gobierno de Kennedy de no atacar a Cuba. De esta manera le ataron las manos al imperialismo. El *Che* nos habló ampliamente sobre ese problema, asegurándonos que, como país soberano, Cuba había firmado un tratado de defensa con la Unión Soviética. En virtud de este tratado, los cubanos tenían derecho a elegir las armas que consideraran más apropiadas para defenderse de los permanentes planes de invasión y ataque norteamericanos. Nos dijo el *Che* que si los soviéticos habían accedido a las presiones y amenazas norteamericanas, lo habían hecho sin la anuencia del gobierno cubano, lo cual había creado un fuerte malestar dentro del gobierno revolucionario y el pueblo cubano, que estaba decidido a resistir y darle su merecido a los yanquis. Nos dijo que el gobierno cubano sabía que los imperialistas ya habían desechado sus esperanzas de acabar con la Revolución por medio del asesinato del comandante en jefe Fidel Castro y el sabotaje a la producción y las bandas armadas contrarrevolucionarias como las que subvencionó la CIA en Guatemala para derrocar a Arbenz. Una vez desechados los métodos mencionados, los norteamericanos veían un ataque con tropas de élite contra Cuba como única manera de acabar con la Revolución. Lo único que hasta entonces los había detenido era la popularidad del máximo líder de la Revolución y el hecho de que el pueblo cubano estaba armado y dispuesto a defender sus logros acabando con todo

aquel yanqui que pisara suelo cubano. La suposición del gobierno norteamericano de que Cuba poseía armas nucleares "ofensivas" sólo sirvió para crear el clima propicio para la invasión. Los norteamericanos no tenían pruebas concluyentes de que tales armas ya estuvieran instaladas, pero las fotos de la isla tomadas por sus satélites espías alimentaron su propaganda bélica. Con mucha admiración se refirió el *Che* al increíble desarrollo de la tecnología de espionaje espacial norteamericana y jocosamente comentó cómo las fotos tomadas por los satélites yanquis eran capaces de sacar hasta el humo que despedían los cigarrillos que fumaban los técnicos soviéticos mientras trabajaban o se desplazaban a pie en las supuestas bases de misiles. Mientras nos contagiaba su admiración, nos reveló la fuerte impresión que le habían causado tales fotos, que ponían en evidencia que los satélites del Pentágono que surcaban el espacio tenían más efectividad y gozaban de mayor impunidad que una extensa red de espías o infiltrados de la CIA que enviaran regularmente informes al coloso del norte.

Poco antes de las 4 de la madrugada, todos comenzamos a denotar cansancio. El *Che* preguntó si había algo más que se le quisiera decir o preguntar y Félix le indicó a Doña Rosario Boches que había llegado el momento de entregar el regalo al comandante. La vieja dirigente agraria sacó como por arte de magia un gran poncho momosteco y se lo entregó al *Che* diciéndole que aceptara ese recuerdo de Guatemala en nombre de todos los integrantes de la delegación. El *Che* le sonrió a la compañera con afecto, dándole las gracias, pero diciéndole que difícilmente podía usar tal prenda contra el frío alpino en Cuba. "Quizás pueda utilizarlo como objeto de decoración en la pared de mi casa", dijo a manera de consuelo para todos nosotros, que rápidamente estuvimos de acuerdo con él en todo lo que había expresado. De repente añadió en son de broma, pero con picardía y con aire de complicidad: "Lo mejor sería que ustedes hicieran un territorio libre como hicimos nosotros cuando combatíamos en la Sierra Maestra y me invitaran a unirmeles. Entonces yo regresaría a Guatemala y es seguro que usaría este poncho en la montaña". Nuevamente volvimos a reír todos con su ocurrencia que no dejé de comentar en Guatemala a mi regreso. Años más tarde, cuando se conoció mundialmente que el *Che* ya no estaba en Cuba y la lucha armada revolucionaria en Guatemala vivía un auge sin precedentes, llegué a pensar que estaba en las montañas de mi país satisfaciendo una vieja deuda de honor al estilo de los antiguos guerreros orientales y utilizando el colorido poncho de lana momosteca de doña Rosario Boches.

Casi antes de levantarnos de la mesa volvió a preguntar si había algo más que quisiéramos decir. Los compañeros titubearon. Era innegable que más de uno de nosotros tenía aún algo que preguntar o decir. Nos miramos los unos a los otros con ojos de "¡Decí algo vos!", pero nadie acertó a abrir la boca por última vez. Yo, que todo el tiempo había tenido el libro del *Che* ante su vista, esperando la ocasión de abrirlo y pedirle su autógrafo, llegado

el momento de hacerlo sentí que me faltaban las fuerzas para hablar. Tenía la boca seca y sentía un nudo en la garganta que me impedía tragar saliva. Algunos compañeros que sabían el motivo de haber llevado el libro me hacían señas con los ojos, como diciéndome “¡Hablá, pues!”. Pero yo me había quedado petrificado por el temor a llamar la atención del *Che* por algo que ya me parecía de lo más cursi. Nunca antes ni después ningún hombre me ha infundido tanto respeto como el que sentí esa madrugada habanera ante la avasallante personalidad del comandante *Che* Guevara. De repente, cuando ya estaba a punto de levantarse de su asiento y otros compañeros dispuestos a imitarle, me oí decir con voz emocionada, mientras sostenía su libro en mis manos: “Compañero comandante: vine a Cuba representando a la nueva generación de guatemaltecos que se han incorporado a la lucha por hacer de Guatemala un país más digno. ¿Sería usted tan amable de escribirle a la juventud combatiente y trabajadora de Guatemala unas líneas de aliento y de solidaridad en su lucha por la Revolución?” Entonces se quedó mirándome con ojos llenos de malicia y sonriendo me respondió lo que me temía: “Mirá, *Che* Castellanos, no puedo escribirte nada en ese libro. En primer lugar, porque ya vos te has arriesgado mucho viniendo a Cuba. Es muy posible que tengas muchos problemas al regresar a Guatemala. Si te encuentran este libro con algo escrito por mí, podés estar seguro que no sólo vos, sino que también yo tendré problemas con las autoridades guatemaltecas. Siento no poder escribirte nada, pero es mejor dejarlo así. En segundo lugar, como manual de guerra en la montaña este libro me parece que ya está anticuado. Si querés enterarte sobre cómo hacer una guerra de guerrillas, lo mejor que podés hacer es leer lo que están escribiendo los militares yanquis. Ellos son los que más saben de guerrillas actualmente”. Desde ese momento, hasta nuestro regreso a Guatemala, a fines de enero de 1963, tuve que soportar que algunos de los agregados me llamaran, con típica sorna chapina, “*Che* Castellanos”. Sin embargo, sabiendo que no era posible conseguir lo escrito por los norteamericanos sobre la guerra de guerrillas, logré introducir a Guatemala el libro del *Che* y pocos meses después lo leían y estudiaban con avidez los jóvenes combatientes revolucionarios en el Cerro de la Granadilla, en la Sierra de las Minas. Algún tiempo después, el libro se esfumó. Quizá cayó en manos del Ejército guatemalteco, confirmándose así que el *Che* tuvo razón al no escribir nada comprometedor para él en el libro.

“Bueno —nos dijo el *Che* a continuación—, ustedes tienen ahora que descansar, mientras que para mí comienza un nuevo día de trabajo”. Entonces, para sorpresa de todos, y especialmente del *Che* quien posiblemente pensaba que ya se había librado de nosotros, uno de los compañeros delegados gritó a todo trueno: “¡Que viva el comandante *Che* Guevara!”, “¡Que viva la gloriosa Revolución cubana!”, empeñándonos todos los restantes en corear las vivas. El *Che*, a su vez, con voz pausada y enérgica dijo también en voz alta: “¡Que

viva Guatemala! ¡Que viva la Revolución guatemalteca!", a lo cual volvimos a responder con vivas todos llenos de emoción y con un gran nudo en la garganta. Entonces el *Che*, sonriendo y muy afectuoso, comenzó a despedirse de cada uno de nosotros con otro apretón de manos, dándole un fuerte abrazo a doña Rosario. Ya estábamos a punto de terminar de despedirnos de él, cuando jovialmente nos recordó que ese día, el 6 de enero, era muy importante para los niños y las personas en Cuba por ser el Día de Reyes y dando muestras nuevamente de poseer un gran sentido del humor, le recomendó a Tony, mitad en broma y mitad en serio, que a cada guatemalteco nos pusiera una botella de ron en la puerta de nuestra habitación del hotel, ya que por experiencia propia sabía que en Guatemala a todos nos gustaba mucho el "fresco". Todos celebramos su broma con grandes carcajadas de complicidad, deseando íntimamente que Tony no echara en saco roto el encargo. En medio de nuestras risas y de la fría y forzada sonrisa del comandante *Barba Roja*, el *Che*, haciendo un cómico gesto de resignación por la supuesta pesada carga, se echó el poncho momosteco al hombro, dijo nuevamente adiós a todos con la mano y flanqueado por el voluminoso comandante Piñeiro y sus hombres de escolta, se dirigió pausadamente hacia la puerta que conducía a su despacho. Regresamos al hotel llenos de alegría y satisfacción, comentando todos el encuentro y lo mucho que lo habíamos disfrutado en compañía del *Che*. Esa mañana, al levantarnos y abrir las puertas de nuestras habitaciones, tuvimos la esperada sorpresa de encontrar una cajita de cartón con tres botellas de diversos tipos de ron cubano para cada uno. Los míos los degusté en Guatemala, en medio de los relatos que les hacía a mis compañeros de mis vivencias en Cuba. Mientras tomábamos, les enseñé algunos cantos, tonadillas y consignas revolucionarias que escucharon y aprendieron rápidamente.

Después de esa memorable madrugada volví a ver al *Che*, pero de lejos, en dos o tres actos oficiales de organizaciones de masas donde hizo acto de presencia. Siempre que asistía a tales actos, lo hacía en medio de la aclamación de los cubanos, que lo adoraban. Este año, pasados ya más de 34 años de lo que arriba he relatado, se cumplen 30 años del vil asesinato en Bolivia del comandante Ernesto *Che* Guevara. Sus restos mortales han sido finalmente localizados, junto a los de otros de sus compañeros combatientes cubanos que le acompañaron hasta la muerte, y retornados a Cuba, país que adoptó como propio y que lo ha hecho uno de sus hijos predilectos. He considerado mi obligación escribir estas líneas y dedicarlas a la memoria de una de las personalidades más fascinantes que ha producido nuestro contradictorio siglo XX. A 36 años de su presencia en Guatemala, las lacerantes contradicciones sociales y la lucha de clases que él vivió continúan existiendo. La presencia del *Che* en Guatemala está aún viva, porque la reforma agraria continúa siendo una necesidad vital para destruir el poder de la oligarquía terrateniente que continúa hasta nuestros días controlando los gobiernos

títeres que se suceden, mientras junto con su Ejército de asesinos rigen los destinos del país. Sin esa reforma agraria que él señaló como imprescindible para solucionar nuestro problema nacional de desigual distribución de la riqueza, nunca se podrá encauzar al país por la senda del desarrollo y el progreso. Algún día, no lejano, esto sucederá. Entonces, la Guatemala que hizo de él un revolucionario, ya liberada de sus explotadores y verdugos, le rendirá el homenaje póstumo que se merece. Mientras tanto, cabe decir de él lo que Miguel de Unamuno dijo sobre Bolívar, otro célebre americano que, como él, dedicó su vida a luchar por la libertad de nuestros pueblos: "Sin él, la historia de la humanidad hubiese quedado incompleta". ¡Hasta siempre, comandante *Che* Guevara!

Madrid, julio de 1997